



ESCENA VIII

GASTÓN

Solo en el banco.

¡Corazón!... ¡Corazón! ¿no la has oído?...
¿Y no estallas de júbilo?... ¡Alma mía!
¿cómo muerta a sus plantas no has caído?...
¡Para alumbrar mi amor, florece el día!...

Siento mi carne y mis pupilas, llenas
de la alegría de ese azul bendito...
¡Todo el oro del sol arde en mis venas,
y mi pecho se ensancha de infinito!...

¡Ojos que la mirasteis inclinada
sobre mí, respondedme:—¿Es cierto, es cierto
que ha clavado en vosotros su mirada?...
¿Estoy dormido aún o estoy despierto?...

¿Es verdad, es verdad, pobres oídos,
que ella alentó mi amor?... ¿No la he escuchado
de rodillas, suspensos los sentidos,
como si el mismo Dios me hubiese hablado?

¡Labios, que entre sus labios aspirasteis
todo el perfume de una Primavera
inmortal, ¿es verdad que la besasteis
o fué todo tan sólo una quimera
que en una noche de pasión soñasteis?...

Reparando en el puñal y esgrimiéndole al sol.

Mas aquí está el puñal, que de mi empeño
atestigua, en mis manos, la ventura...
¡Su hoja sangrienta donde el sol fulgura
dice que ha sido realidad mi ensueño!

Con celosa ira.

¡Oh, don Dionís... Tu muerte es infalible!...
¿Un crimen?... ¿Qué es un crimen comparado
con el inmenso bien de haber besado
aquello que creímos imposible?...

En tu garganta se hundirá este acero,
puesto que ella lo quiere... ¿Qué me importa
una vida, y dos mil, y el mundo entero,
si ante su amor la eternidad es corta?...

¡Gastón, eleva tu arrogante frente!...
¡Eres un Dios!... Sus labios te han ungido
de eternidad... Tu corazón ¿no siente
que en su interior, florecen, de repente,
todas las rosas del jardín florido?...

¡Corred, lágrimas tímidas y amantes,
perlas que sobre mí vierten los cielos...
¡Desahogad mi placer, igual que antes
desahogasteis mis penas y mis celos!...





ESCENA ÚLTIMA

DICHO Y ANGÉLICA

Que penetra por la ribera del lago
y se aproxima sonriente a Gastón.

ANGÉLICA

¡Por fin, Gastón, que te he hallado!
De la Aurora a los fulgores
en vano el rastro he buscado
de tu planta entre las flores!...

Contemplándole ansiosamente.

Tienes el rostro de cera...
¿Por qué lloras, mi Gastón?...

GASTÓN

Como soñando.

¡Cállatel... La Primavera
florece en mi corazón...

Es extraño ¿no es verdad?...
¡Bendito el llanto que ves
en mis ojos, porque es
llanto de felicidad!...

Tomándola de las manos.

¡Qué feliz amaneció!...
El cielo, el jardín, la Aurora...
todo parece que llora
lo mismo que lloro yo!...

¡Qué aromal... ¡Qué claridad!...
El lago entero florece...
Todo, hasta el aire, parece
que huele a felicidad!...

Repican las lejanas campanas de
un claustro. Empieza el alba.

Hoy, Dios ha vertido aquí
todas las dichas humanas...
Escucha... ¡Hasta las campanas
repicando están por mí!...

Parece el clamor sonoro
que anuncia resurrección,
como una lluvia de oro
dentro de mi corazón!...

Todo en mí es alegría...
El sol que empieza a lucir
alumbra mi primer día,
porque hoy comienzo a vivir!...

¡Alégrate, porque estoy
de albero tan henchido
que nadie, Angélica, ha sido
tan feliz como yo soy!...

¡Es tanta mi dicha, tanta
que repartirla pudiera
con todos, sin que perdiera
nada de ella!... Me levanta

tan alto sobre la tierra,
que desde su cumbre toco
la gloria!...

ANGÉLICA

Espantada.

¿Te has vuelto loco?...
¡Tu felicidad me aterra!...

Y si antes, tu dolor
me llenaba de amargura,
hoy, Gastón, tanta ventura
me causa pena mayor!...

Pequeña pausa. Estrechando entre las suyas las manos del Halconero.

Cuando a la Corte llegué
hace tres meses, creía
que en ella te encontraría
tan feliz como soñé!...

Tan alegre como eras
en aquel tiempo lejano,
cuando, jovial, de mi mano
andabas por las praderas

de nuestro valle natal,
ebrio de luz y poesía,
y para mí siempre había
en tu labio un madrigal!...

Pero te hallé tan extraño,
tan otro, que hasta de mí,
que más que tu hermana fui,
si te busco, huyes hurañol

Y llorando tu rigor,
mi alma, de tu pena esclava,
a solas se preguntaba:
—¿Pero qué tendrá, señor?...

GASTÓN

¡Pobre Angélica!... Recobra
la paz, si sufres por mí...
¡Con la dicha que me sobra
feliz puedo hacerte a tí!...

Por mí, tu pálida tez
en llanto no bañarás...
¡Siempre alegre me verás
igual que en nuestra niñez!...

Y enlazados de las manos,
felices a todas horas,
como en aquellas auroras
aun seremos más que hermanos!...

Animándola.

¡Pobre Angélica!... ¿No ves
mi entusiasmo y mi alegría?...
La fortuna, en este día,
he encadenado a mis pies!...

Piensa en el gozo callado
de un ciego que de repente
cobra la vista, y se siente
por la vida deslumbrado:

y sólo así a comprender
mi ventura llegarás...

¡Ni más tú debes saber
ni decir yo puedo más!...

Con misterio.

Resuena un clamor de trompas
de caza.

¡Adiós!... A la cetrería
me llama el áureo clamor
de esos clarines... ¡Buen día
de caza!... Será el mejor

que en mi existencia he tenido!...

¡Hoy mi halcón a cazar va
el bien que lloraba ya
eternamente perdido!...

Se va precipitadamente por el
fondo entre el clamor de las trom-
petas, dejando a Angélica turbada
en el centro de la escena, mientras
desciende lentamente el telón.



ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO